

## LA ALBORADA.



La noche huyó. Clarea  
la aurora entre las brumas del Oriente,  
el pájaro gorjea,  
la brisa el monte orea,  
las flores embalsaman el ambiente!

Levántase opulento,  
y agita el sol su ardiente cabellera,  
y á su fecundo aliento  
respiran de contento  
el hombre, el ave, el campo y la ribera!

¡Todo vive y palpita!  
Canta el pastor corriendo entre la escarcha.  
El ganadero grita,  
el labrador se agita,  
vuelve el viajero á reanudar su marcha.

Rasgando el leve viento,  
llena el espacio la jovial campana.  
Y todo es movimiento,  
y júbilo, y contento,  
porque llega risueña la mañana.

Y pájaros y flores,  
brisas y aguas en mágica armonía,  
con cánticos de amores,  
saludan los albores  
del nuevo sol que el Criador envía.

¡Qué bueno es Dios! ¡Oh! Canta....  
Canta, ¡mi corazón! en esta aurora  
su providencia santa.  
Tu humilde voz levanta  
para adorar su mano bienhechora!

¡Arda tu pecho yerto  
ante ese nuevo día que aparece!  
Une tu canto incierto,  
al general concierto  
que el Universo á su Señor ofrece.

Por tí, su santa mano  
doma el furor del piélago profundo;  
por tí, ¡mortal insano!  
fecunda monte y llano,  
puebla de luz y de armonía el mundo!

¡Qué bueno es Dios! Se abraza....  
y arde mi corazón de amor henchido  
por su bondad sin tasa;  
y mi mejilla arrasa  
llanto que brota el pecho agradecido!

Pues ese sol que avanza  
vertiendo amores, júbilo y consuelo,  
es iris de esperanza,  
que anuncia en lontananza  
el sol de gloria que ilumina el cielo!

Y pronto.... como ahora  
vendrá alegre y risueña otra alborada,

y el triste que hoy te implora,  
verá tal vez esa hora  
desde la sombra de la tumba helada!

¡Ay! si para ese día  
pudiera por la flor de mi inocencia  
perdida en mar bravía,  
lavar el alma mía  
con llanto de dolor y penitencia!

¡Oh! Escucha pues mi ruego  
y perdona mis culpas ¡Jesús mio!  
Si en el mundano fuego  
ardí algun tiempo ciego,  
hoy lloro mi locura y mi extravío!

Y espero en Ti, que enciendes  
la tierra á cada sol de nueva vida;  
que al que te implora atiendes,  
y á su miseria tiendes  
tu santa mano de bondad henchida!

¡Espero! ¡Sí! Y anhelo,  
aunque esa dicha mi razon deslumbra,  
lanzarme en raudo vuelo,  
dejando el triste suelo,  
al día eterno que tu gloria alumbra!

JUAN V. DE ARAQUISTAIN.

